VII

«La forêt aux pucelles»

Por doquiera se intente una exploración en la literatura de la Edad Media, así latina como romance, tanto hebrea como árabe, se encuentra indefectiblemente la leyenda de Alejandro. La historia novelesca del gran macedón fué tema que alcanzó vitalidad exuberante, que se revela no sólo en cómo proliferó en infinidad de versiones y redacciones, sino también en cómo atrajo y se asimiló multitud de leyendas de diverso origen, que acudieron, imantadas por el éxito de aquellas afortunadas imaginaciones, a incorporarse a ellas, perdiendo el curso independiente de que anteriormente habían gozado. Sin perjuicio del paralelo general que tengo el propósito de intentar en breve entre las redacciones latinas y romances y las árabes de la leyenda —ya emparentadas en su origen por su dependencia separada y común de la historia del falso Callisthenes—, quisiera destacar aquí el estudio de un episodio que puede ser síntoma delator de las nuevas relaciones con que ambos orbes legendarios se unieron en occidente, por la probable mediación de los árabes andaluces.

Nos permite la consideración aislada de este fragmento novelesco el hecho de su total independencia del núcleo central de la leyenda, ya que no se lo encuentra en ninguna redacción griega ni latina del Pseudo-Callisthenes, y su relativa rareza en los textos conservados, ya que, aparte algunas alusiones incidentales, sólo lo encontramos, en Europa, en el poema del clérigo alemán Lamprecht y en el gran poema francés, en alejandrinos, de Li Tors y Bernay, riquísimo arsenal de historias. Podemos, pues,

emprender un estudio separado, exento de dificultosas complicaciones, de este breve episodio en que, además, se alía el carácter maravilloso de la aventura con una fina sensualidad no del todo frecuente en los ásperos textos medievales.

Trátase del episodio que Paul Meyer llamó "la forêt aux pucelles". Nos atendremos a la versión extensa del poema francés y conforme a ella lo resumiremos (1):

El ejército griego, guiado por dos ancianos, llega a una selva espesa e intacta, por todo extremo deleitosa. Allí, en abril y mayo, se encuentra la mandrágora y cuantas plantas bellas y raras puede contener la botánica de un poeta; la que alegra al melancólico y la que devuelve a las mujeres su perdida virginidad; todas exhalando fuertes y embriagadores aromas. Pero la mayor maravilla de la floresta es que debajo de cada árbol habita una doncella blanca y hermosísima. Todas ellas, lejos de asustarse, avanzan en gozoso cortejo al encuentro de la hueste, aunque sin salirse un ápice de bajo las copas de los árboles. La belleza de las doncellas encandila los ojos de los soldados: "plus ert espris d'amor ki voit la damoisele / que s'il eust le cuer brui d'une estincele." Mas para pasar a la floresta hay que atravesar un río por un puente, en cuyo extremo dos niños fundidos en oro cierran el paso, blandiendo unas clavas con las que amenazan al que lo intente. Entonces uno de los ancianos logra, mediante encantamentos, que uno de los simulacros caiga al río, donde un pez se lo traga, mientras el otro es arrebatado por un demonio. Una vez libre el paso, los griegos, Alejandro el primero, corren presurosos a la floresta; detrás, más despaciosamente, pasan los animales destinados al sustento de las tropas: "après vienent les bestes c'on maine pour mangier." Al punto cada soldado empareja con una de las doncellas. Durante cuatro días la floresta es marco de la más deleitosa fiesta de amor. Breve descanso, pues hay que proseguir la marcha. Alejandro quiere llevarse a una hermosísima doncella para coronarla por reina. Mas aquellas mujeres no pueden vivir fuera de la espesura del bosque, so pena de morir. Alejandro siente movido su corazón

(1) *Li romans d'Alixandre,* ed. H. Michelant (Bibl. des Liter. Vereins in Stuttgart, XIII, 1846), págs. 340-7. P. Meyer, *Alexandre le Grand dans la litt. franç. du moyen âge* (París, Vieweg, 1886), t. II, págs. 181-2.

de una maravillosa piedad por tan triste destino: "mervillouse pitiés li est è l'cors entrée." Al fin, con amenazas, logra que sus soldados emprendan la marcha, acompañados por las doncellas sólo hasta la linde del bosque. Los ancianos enteran a Alejandro de que aquellas mujeres se meten en la tierra durante el invierno y salen como flores por la primavera.

Para facilitar el estudio de las fuentes, distinguiremos en este relato tres aspectos: 1.°, *la acción*: un ejército peregrino encuentra en un bosque a unas doncellas hermosísimas, que se describen con caracteres poco humanos, y con las que huelgan breve tiempo los soldados, siéndoles imposible llevarse consigo a ninguna; 2.°, *la explicación* de la naturaleza de aquellas doncellas: son mujeres-flores que permanecen bajo tierra en el invierno y resurgen en la estación primaveral; 3.°, *la atribución* taxativa de la historia al ejército de Alejandro Magno.

1.—Antecedentes.

Desde luego, como ya hemos dicho, esta fábula que Zacher llama "venustisima" (1), no se encuentra en ninguno de los textos del Pseudo-Callisthenes, ni griego ni latino (2). Se ha supuesto con poco fundamento que el primero que la introdujo en la leyenda de Alejandro fué Alberico de Besançon (3). Lo cierto es que el primer autor en quien la hallamos es Lamprecht (s. XII) (4). Después la vemos narrada en la obra de Li Tors y Bernay (s. XII) (5). Aparte estas redacciones completas, la vemos

---

(1) *Alexandri Magni iter ad Paradisum*, ed. Julius Zacher (Regimonti, 1859), pág. 14.

(2) Zacher, *loc. cit.*, pág. 15: "Sed latine relatam ad hunc usque diem frustra quaesivi". Cfr. Meyer, *loc. cit.*, pág. 182: "Il y a longtemps qu'on a remarqué l'absence de cette fable dans les textes soit grecs, soit latins du Pseudo-Callisthènes..."

(3) Cfr. Meyer, *loc. cit.*, pág. 182.

(4) El poema de Lamprecht ha sido editado por Weissmann: *Alexandre, Gedicht des zwœlften Jahrhunderts vom Pfaffem Lamprecht* (1850), libro que no nos ha sido accesible, por lo que tenemos que limitar nuestro estudio a la versión del poema francés.

(5) La refundición de Alejandro de París se verificó antes de 1190, y los materiales que utilizó son, por tanto, más antiguos. Cfr. Meyer, *loc. cit.*, pág. 257.

incidentalmente citada y muy difundida en la Francia meridional (1).

Sea quien quiera el primero que la ha narrado en Europa, cabría la hipótesis de atribuírle su invención. Mas esta hipótesis es enérgicamente rechazada por Zacher: "ut aliunde acceperit necesse est" (2). Partiendo, pues, del supuesto de la no originalidad de la aventura en Europa, era forzoso buscarle otra procedencia.

El resultado de las investigaciones no ha sido muy fecundo; mas varios eruditos que se han ocupado del asunto, y ninguno era de profesión orientalista, han afirmado que la fábula en cuestión es de origen oriental. Zacher fué el que entrevió una posible relación entre el episodio de "la forêt aux pucelles" y las leyendas árabes sobre las maravillosas *islas de uac uac* (جزائر واق واق o الوقواق), a las que, aprovechando los numerosos textos que se estudiaban en aquel admirable renacer de los estudios orientales a comienzo del siglo XIX, aludió en sus libros el eximio geógrafo Alejandro de Humboldt (3).

---

(1) Cfr. Zacher, *loc. cit.*, pág. 14: "Satis quidem vulgatam eam per Galliam australem produnt hi versus Guilelmi de Turre...", y los cita, conforme a Raymond, *Choix de poésies des troubadours*, II, 299. Vemos, pues, una fábula referente a Alejandro y, como demostraremos, de origen árabe, muy difundida entre los trovadores. Recuérdese la teoría de J. Ribera. Citaremos también, como curiosidad literaria, este pasaje del abate Andrés, que nos proponemos comentar en su día: "Rambaldo Vacheiras, Anselmo Faidit, Elías Cairels y otros citan alguna vez el nombre de Alexandro: los Españoles y Franceses compusieron un poema para cantar las acciones de aquel héroe; pero Alexandro no era para ellos un capitán griego, cuya historia se debiese estudiar en los antiguos escritores: era un héroe romancesco, era casi un paladín semejante a Arturo, a Carlos, a Orlando y a otros de esta clase. En efecto, en las poesías de los provenzales, Alexandro se encuentra nombrado junto con Orlando, con Carlos, con Arturo, con Merlín y con otros héroes de los romances: y *creo que su nombre antes llegó a noticia de los Provenzales por medio de los Arabes que por el de los escritores griegos.*" *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (trad. esp. del hermano del autor. Madrid, Sancha, 1784), t. II, pág. 71.

(2) *Loc. cit.*, pág. 14.

(3) Zacher, *loc. cit.*, pág. 15: "Ultimam vero commenti illius originem Humboldtius ingeniosissime repetit ab Arabum rumore de insula portentosa *Vacvac.*" El pasaje principal de Humboldt está en el *Examen critique de l'histoire de la géographie du nouveau continent* (París, Morgand, *s. a.*), t. I, págs. 52-3, nota. Cfr. etiam *Kosmos*, II, 114. De la opinión de Humboldt y Zacher se hace eco Meyer, *loc. cit.*, pág. 182.

Estas islas eran para los árabes las últimas conocidas por oriente, en el mar de la China; y en su condición de tierras terminales estaban rodeadas de toda clase de leyendas, conforme sucedió entre los griegos con las Hespérides (1). Según Pococke, la difusión de estas fábulas era tal que había muchos para los cuales "non magis notae sunt domus suae, quam miraculorum ferax insula Wakwak" (2). Fábulas, bien entendido, con una innegable base de realidad. El gran arabista De Goeje, en una comunicación elevada en 1880 a la Real Academia de Ciencias de Amsterdam, demostró cómo estas ínsulas fabulosas no son sino el Japón, y estudió allí cuantos pasajes de geógrafos, historiadores y viajeros árabes tienen relación con el tema. A este estudio pormenorizado remitimos a los estudiosos (3). Aquí resumiremos brevemente los principales rasgos legendarios con que son descritas estas islas.

Uno de ellos es el de su riqueza aurífera. Según los geógrafos, abunda tanto en esta tierra el precioso metal, que los indígenas lo emplean para el rendaje de las caballerías y para las cadenas y collares de perros y monos, y tejen también con él ricas camisas que llevan ellos mismos y que entregan al comercio (4). Otro producto que allí abunda es el ébano de la mejor calidad (5). Pero la fábula que más hace al caso y que ha dado el nombre al archipiélago, es que hay en él un árbol, parecido al nogal o a la casia, de fruto que tiene figura humana y que, en cuanto alguien se aproxima, prorrumpe en gritos, de los que sacan agüeros los habitantes de la islas, y en los que sólo se entiende el sonido *uac uac*. Después del grito los frutos caen a tierra (6).

El origen de esta tradición es, sin duda, como ha notado

---

(1) Cfr. Humboldt, *loc. cit.*: "Les îles *Vac-Vac*... étaient au douzième siècle la dernière terre connue à l'est, et par conséquent enveloppée de traditions fabuleuses, comme l'étaient à l'ouest, du temps d'Homère et d'Hésiode, les Hesperides et les Gorgones."

(2) En el prólogo a su versión de Abentofáil, *Philosophus autodidactus* (Oxonii, 1671).

(3) Se titula *De oudste Arabische berichten over Japan*. Una trad. franc. de esta comunicación figura como apéndice en las *Merveilles de l'Inde* de MM. van der Lith y Devic (Leide, 1883-86). pág. 295 et seq.

(4) Cfr., p. e., El Cazuiní, *Kosmographie*, ed. Wüstenfeld, t. II, páginas 21-2.—Humboldt, *loc. cit.*

(5) De Goeje, *Bibliotheca geographorum arabicorum*, t. VI, pág. 50.

(6) Cfr., p. e., *Mostatraf* (Cairo, 1308), t. II, pág. 122.

Humboldt, reflejo de la sonora acogida que los grandes simios del Japón, aposentados en las copas de los árboles, dispensaban a los atrevidos bajeles de los mercaderes y aventureros sarracenos que, desde los primeros siglos de la hégira, navegaban, como su prototipo literario Sindbad, por todos los mares del Oriente. Los audaces nautas veían sobre los árboles figuras semihumanas que proferían estentóreos gritos y que acababan por descolgarse y huír. Y al regreso hablaban de estas maravillosas *ínsulas de uac uac,* donde los frutos son antropomorfos y parlantes (1).

La imaginación popular comenzó en seguida a elaborar la leyenda. En otro autor los frutos del árbol tienen ya figura de mujeres suspendidas de las ramas por los cabellos (2). Y en Masudí († 345-956) aparece, por fin, claramente el mito de las mujeres-flores, de las جوارى الوقواق, o "puellae Wakwakienses", que traduce Pococke. Según el gran historiador musulmán, el árbol que grita *uac uac* produce en el extremo de sus ramas, primero abundantes flores, y luego, en vez de frutos, unas graciosas doncellas, que son objeto de exportación (3).

La difusión de estas fábulas debióse también en gran parte a su próxima conexión con dos muy divulgados mitos islámicos. Es el uno el de la generación espontánea, que adoptó, bien la forma popular en la superstición universalmente conocida de la mandrágora (4), bien la forma erudita en las teorías filosóficas que creían posible, en determinadas condiciones térmicas y de ambiente, la producción espontánea de un ser humano formado de la tierra, "proles sine matre creata" (5). Recuérdense las imaginaciones de Avicena (370/980-428/1037) y Abentofáil († 581/1185), cuya relación con las "puellae Wakwakienses" es tan evidente que

---

(1) Humboldt, *loc. cit.*: "et l'arbre qui crie *ouak-ouak* à ceux qui débarquent (sans doute lorsque quelques gros Psittacées y sont nichés)..."

(2) Cazuiní, *loc. cit.*: بها شجرة لها ثمرة على صور النساء معلقات من الشجرة بشعورها

(3) Humboldt, *loc. cit.*: "et l'arbre qui crie *ouak-ouak*... porte à l'extremité de ses branches d'abord d'abondantes fleurs, et puis, au lieu de fruits, ces belles demoiselles qui deviennent un objet d'exportation, et que Masoudi Khothbeddin appelle *puellas vacvakienses.*"

(4) Cfr. D'Herbelot, *Bibl. Or.*, Table des matières, s. v. *mandragore.*

(5) Cfr. Emilio García Gómez, *Un cuento árabe, fuente común de Abentofáil y de Gracián* (apud *Rev. de Archivos,* 1926), pág. 25.

en algunos mss. y, por ende, en algunas traducciones del *Hay ben Yacdán,* se encuentra una alusión a las maravillosas criaturas de que habla Masudí (1). Alusión que, por otra parte, falta en el manuscrito de Argel, y que es, evidentemente, una glosa interpolada, pues, como ha notado con razón Gauthier, ni vuelven a mencionarse tales mujeres en el relato, ni es de un árbol, sino de la arcilla en fermentación, de donde nace Hay ben Yacdán (2).

El otro mito es el de la existencia de países exclusivamente habitados por mujeres, en tradiciones que parecen independientes de la fábula helénica de las Amazonas, aunque ésta ha influído también en el folklore islámico, sobre todo en las leyendas musulmanas sobre Alejandro. El Cazuiní (600/1203-682/1283) coloca también en el mar de la China, y vecina a las *islas de uac uac,* una *ínsula de las mujeres,* habitada exclusivamente por hembras que conciben del viento o comiendo el fruto de un árbol que allí crece, y que paren mujeres semejantes a ellas (3). Y en la propia *isla de uac uac* dicen los geógrafos —por el testimonio de un viajero, Musa b. Almobáric el Sirafí, según el Cazuiní— que gobierna una mujer, a quien ese viajero vió sentada en su solio, desnuda, con la corona sobre la cabeza y rodeada de cuatro mil (cuatrocientas, según otras versiones) esclavas vírgenes desnudas (4). El imperio de esta reina se extiende, en otros relatos, a mil seiscientas o mil setecientas ínsulas (5).

Otro motivo que contribuiría asimismo a la difusión de la fábula de las maravillosas "puellae Wakwakienses", es la peculiar vida familiar y sexual de los árabes. El comercio de esclavas y mujeres de placer para el harén de los grandes señores era uno de los negocios mercantiles más lucrativos de la época. En el mercado se distinguían multitud de categorías de esclavas, según su belleza, sus conocimientos, su procedencia u otros

(1) Ed. Pococke: "et in eâ [insula] arborem esse quae fructûs loco foeminas producit, atque eae sunt quas vocat Almasudi puellas Wakwakienses."

(2) Léon Gauthier, *Hayy ben Yaqdhân,* texte et trad. (Alger, Fontana, 1900), pág. 16, n. 3.

(3) *Loc. cit.,* pág. 21.

(4) Cazuiní, *loc. cit.,* pág. 22; *Mostatraf,* II, pág. 122, etc.

(5) De Goeje, *Bib. geogr. grab.,* tomo III, pág. 13; Masudí, *Moruch* (ed. Barbier de Meynard), I, pág. 335 et seq.

varios criterios de selección. Había mujeres extraordinariamente estimadas, como las hermosísimas y blancas de Tafec, en la India, de que nos hablan muchos escritores, entre ellos el autor de una relación de viajes del siglo IX, Abenbatuta (703/1303-779/1377) y Masudí, quien nos informa de que eran muy loadas en los libros eróticos como dotadas de medios peculiares para placer a los hombres (1). Las leyendas sobre mujeres maravillosas y extrañas estaban, por tanto, muy difundidas en la literatura amatoria, y su divulgación estaba probablemente favorecida por los propios mercaderes.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que en los primeros siglos de la hégira existía en el islam el mito de unas mujeres-flores, que puede muy bien relacionarse con la "forêt aux pucelles" de la literatura europea medieval, donde el episodio es perfectamente inexplicable. Ante la ausencia de todo otro indicio, este precedente significaba, sin duda, bastante. Mas, en realidad, su valor es bien pobre. Sólo encontramos en él el segundo elemento que hemos distinguido al analizar el episodio del poema francés: la *explicación* de la condición preternatural de las mujeres-flores. Nada se nos dice, en cambio, de los otros dos elementos más significativos: la *acción* del episodio en sí y su *atribución* a Alejandro Magno.

Que yo sepa, ningún otro precedente ha sido aducido hasta ahora que pueda explicar satisfactoriamente la maravillosa aventura de la selva de las doncellas.

2.—Un nuevo texto.

Hoy puedo presentar un nuevo documento relacionado de alguna manera con el mencionado episodio. Trátase de un breve pasaje del compendio de historia universal, titulado *La Perla* (في مختصر اخبار الزمان o كتاب الجمان في اخبار الزمان) del historiador español el Xatibí (el de Játiva; escribía hacia el año 870/ 1465) (2).

(1) Cfr. M. Reinaud, *Relation des voyages faits par les arabes et les persans dans l'Inde et à la Chine dans le IXe siècle de l'ère chrétienne* (París, Imprimerie Royale, 1845), Introduction.

(2) Cfr. Brockelmann, *Gesch. der arab. litt.*, II, 263. Está dividido el libro en tres partes: 1.ª, tiempos anteislámicos (tradiciones de los profe-

Antes de dar a conocer el texto en cuestión, parece necesario adelantar una idea general del pasaje histórico en que se halla intercalado.

Versa éste sobre *Dulcarnain* (ذو القرنين), nombre con que los árabes designan a Alejandro Magno. De todos los problemas que suscitó a los exégetas musulmanes y que suscita a la crítica moderna esta curiosa identificación, me ocuparé en otro momento (1). Baste decir que en este pasaje del Xatibí se apuntan con bastante desorden y no muy clara comprensión casi todos los tópicos comunes en los autores árabes sobre este andariego personaje, que "no se estaba quieto en ningún sitio" (لا يستقر في موضع واحد): el problema de los dos *Dulcarnain,* el Grande

tas, etc.); 2.ª, *sira* o biografía de Mahoma; 3.ª, tiempos postislámicos. Es obra de escasa importancia desde el punto de vista estrictamente historiográfico, ya que no pasa de ser en su mayor parte una simple recopilación de tradiciones y especies fabulosas. La parte propiamente histórica comprende una relación abreviada de los califas hasta el año 845 hég. y un resumen muy sucinto de otras dinastías —fatimíes, ayubíes, etc.— de las que apenas da más que las fechas. Según don Francisco Codera, la parte más interesante es la que se ocupa de la venida a España de Abderrahmán y de los sucesos que acontecieron en la Península hasta los Almohades.

He podido manejar en Madrid cuatro códices de esta obra: dos de la colección Gayangos (R. Acad. de la Hist.), núms. XXXIX y LXIV; otros dos en la Biblioteca Nacional, núms. 4998 y 5221. La palabra مختصر figura en el título en el LXIV de Gay. y en el 5221 de la B. N.

El cód. LXIV de Gay. se acabó de copiar a fines de *xabán* de 1237 / 1821; papel moreno, letra magrebí, enc. marroquí de la época; mide 200 × 149 mm., con caja de 158 × 106 mm.; 24 líns. por página; 199 fols. útiles, de los cuales los 31 *b* - 195 *a* contienen nuestra obra. El pasaje que nos interesa está en el fol. 58 *b*. Designamos el cód. con la letra A.

El cód. XXXIX de Gay. se acabó de copiar el 1137 / 1724; papel moreno, letra magrebí excelente, enc. en tafilete rojo con adornos de oro; mide 252 × 170 mm., con caja de 187 × 121 mm.; 19 líns.; 269 fols. útiles, y deben faltar varios, pues algunos reclamos no corresponden. Está el pasaje en el fol. 45 *a*. Designamos el cód. con la letra B.

Para la descripción de los códs. 4998 y 5221 de la B. N., cfr. Guillén Robles, *Catálogo de los mss. árabes de la B. N. de Madrid* (Madrid, 1889), núms. CXXII y DXIII. El pasaje está, respectivamente, en los fols. 38 *b* y penúlt. recto. Los designamos con las letras C y D.

No sé con qué fundamento supone Guillén Robles que los códs. que numera en su *Cat.* CCLIV y CCLV, son fragmentos de esta obra.

(1) Cfr. Ign. Friedlaender, *Die Chadhirlegende und der Alexanderroman* (Teubner, Leipzig-Berlín, 1913), *Appendix B: Dūl'-qarnein und Alexander der Grosse,* pág. 276 et seq.

(الاكبر) y el Chico (الاصغر) y de sus respectivas genealogías; las hipótesis para explicar el apodo *Dulcarnain;* la discusión sobre si estuvo o no adornado de dotes proféticas; su relación con el Jádir (الخضر) y la diferencia entre los poderes preternaturales que ambos recibieron; la revelación que Dios le hace para confiarle su misión divina; el envío por Dios del ángel Ziyaquil (زياقيل) para que le sirva de consejero, etc. El único rasgo que presenta alguna novedad es el que hace al padre de Alejandro un peritísimo estrellero, que estaba aguardando para engendrar a su hijo el paso de una estrella que hacía al concebido bajo su influjo inmortal y sapientísimo, y que, como pasaran cuarenta años sin que el astro pareciera, aprovechó para engendrarlo el paso de otra estrella que hacía al concebido bajo su influjo rey de toda la tierra, de cuerno a cuerno del sol, o sea desde oriente a occidente. Después de todo esto empieza a glosar algunos de los versículos alcoránicos referentes a Dulcarnain. Y al llegar al que dice: "Hasta que llegó al oriente del sol, donde encontró que éste sale sobre un pueblo al que nada dimos para defenderse de su ardor" (XVIII, 89), expone la opinión de que estos pueblos son de la estirpe de Gog y Magog, y viven apartados en el Extremo Oriente, en unas recónditas islas del mar de la China. Sigue una descripción de estas gentes, de la que sólo destacaremos un rasgo. "Cuando muere uno de ellos —dice— se lo comen, y los cráneos de sus padres los llenan de perfumes y los cuelgan, y al cabo de cuarenta años los genios les hablan desde su interior."

Al llegar a este punto inicia el Xatibí, aludiendo a historiadores que no nombra (ذكر اهل التاريخ), una larga digresión, que nada tiene que ver con la historia de Alejandro, en que está incrustada, y cuya única justificación puede ser que en ella se narra una expedición por los mares extremorientales, en los que el historiador acaba de emplazar a los pueblos que encontró Dulcarnain en el poniente del sol. Este paréntesis es del mayor interés para nosotros, por encerrarse en él el pasaje en cuestión. Lo resumiremos brevemente.

Un navío, envuelto por los vientos, se desvía de su derrotero y arriba a una ínsula. Acampan los nautas en su playa, y un día,

caminando por ella, encuentran al pie de un monte un subterráneo. Sobre él una inscripción arábiga grabada en la roca advierte que allí están enterrados todos los tesoros de Amlac el Chico (عملاق الاصغر), señor que fué de la isla. Uno solo de aquellos hombres entendía el árabe y leyó la inscripción; mas se lo calló. Atacados por los habitantes de aquella isla, que eran antropófagos, se ven forzados a embarcar precipitadamente, y van a parar a Persia, donde reinaba entonces Cosroes Anuxiruán (531-578). El hombre que había leído la inscripción informa a Cosroes de la noticia, y el rey le equipa una flota y le envía a apoderarse del tesoro. Llegados de nuevo a la isla sin que se enterasen los indígenas, remueven con grandes esfuerzos la puerta de la cueva y penetran con antorchas en una amplia estancia, tras de cuya puerta un león de bronce ruge y arremete contra el que entra, mientras la tierra se hunde para tragárselo. Una vez sorteado aquel obstáculo y removida otra puerta de mármol, hallan una escalera tenebrosa, a cuyo término ven ya la claridad, a través de un pequeño orificio. Penetrando por él encuentran un admirable alcázar, en cuyo centro contemplan un suntuoso pabellón. A la puerta de este pabellón hay una estatua de hombre con una espada desenvainada, que, al pisar alguien el suelo, gira por un resorte y alcanza al atrevido. Excavando en tierra logran inutilizar el mecanismo y penetrar en el pabellón, en medio del cual, sobre un lecho, se ve un anciano yacente, con una plancha de esmeralda en la cabecera, epitafio regio donde se pondera la vanidad de las cosas humanas. Uno de los hombres intenta arrebatar la lápida, y al punto se oyen gritos tonantes y se ven rodeados de genios. Entonces, apoderándose de lo que pueden, huyen a las naves, no sin reñir un combate con los indígenas, que ya se habían percatado de su presencia. Los vientos les llevan sin rumbo fijo, durante dos meses, por islas desiertas y océanos inmensos. Un ave monstruosa se abate sobre un bajel, llevándose a un marinero. Todos están a punto de morir. Mas entonces el destino les depara las delicias de la *ínsula de las doncellas,* que estudiaremos separadamente. Al salir de aquí llegan a otro lugar, donde ven un alcázar, que reconocen con júbilo como el del rey Cosroes Anuxiruán.

Al llegar a este punto dice el Xatibí: "Si Dios quiere, el final de esta historia vendrá a lo último de este libro." (وسيأتى ان شاء الله تمام هذا المعنى فى ءاخر هذا الكتاب). No lo hemos encontrado ni hace a nuestro propósito. Y en seguida vuelve a Alejandro para decirnos cómo los pueblos que encontró en el oriente del sol fueron Chabalsa (جابلصا) y Chabalca (جابلقا), que describe con algunas particularidades. Termina el capítulo referente al macedón con una breve glosa sobre el otro versículo alcoránico (XVIII, 92), referente a la construcción de la muralla contra Gog y Magog.

Hemos extractado tan largo pasaje, no sólo por la utilidad de conocer todo el contexto en que ha sido intercalada la aventura de la *ínsula de las doncellas,* sino también porque toda la historia en su conjunto nos suministra preciosos medios para averiguar la procedencia y antigüedad del relato. Estamos en presencia de una de las muchas odiseas que corrieron los nautas musulmanes por los mares del Extremo Oriente en los primeros siglos de la hégira. El definitivo reflejo literario del ciclo es, como ya hemos dicho, la maravillosa leyenda de Sindbad, que se remonta al siglo x de nuestra era (1). Sobre la importancia que para la literatura universal tienen estos relatos hemos hablado en otro lugar, ante una narración de la misma índole (2). Allí hemos indicado también la frecuencia con que aparecen en la literatura árabe —tanto que forman dentro de ella un género especial— reflejos, rodeados de un halo legendario, de estas primitivas *excavaciones arqueológicas* que los viajeros musulmanes realizaban en los milenarios monumentos asiáticos. Insistíamos, asimismo, en que estas relaciones son auténticas y no han podido ser forjadas en ningún caso en tierras alejadas del Océano Indico, y mucho menos en occidente, sino que tienen que haber sido compuestas sobre datos reales por los propios viajeros y ser, por tanto, antiquísimas. Nos basábamos entonces sólo en los datos del ambiente y de la civilización reflejada en el texto literario. Hoy podemos ofrecer otra comprobación de una realidad incontrovertible, y es que algunas de las pinturas que los viaje-

(1) De Goeje, *La légende de Saint Brandan* (*Actes du VIIIe Congrès intern. des Orient.,* Sect. I, págs. 43-76).

(2) García Gómez, *loc. cit.,* págs. 38-41.

ros musulmanes nos hacen de los pueblos salvajes que encontraban en islas, que indudablemente son la Oceanía, referentes a menudas prácticas que son difíciles de imaginar sin otro fundamento, coinciden esencialmente, descontadas las hipérboles legendarias, con las descripciones científicas que de esos mismos pueblos nos hacen hoy los etnógrafos y prehistoriadores actuales. Recuérdese cómo De Goeje ha identificado las maravillosas *islas de uac uac* con el Japón, y cómo la leyenda musulmana de estas islas tiene, en el parecer de Humboldt, una indudable base real. Más arriba hemos citado la costumbre mencionada por el Xatibí, y que un viajero musulmán atribuye a los pueblos que habitan las islas del Océano, de llenar de perfumes los cráneos de sus mayores y conservarlos como talismanes, creyendo que desde su interior les hablan los genios. Pues bien; he aquí la afirmación de un ilustre prehistoriador de nuestros días: "En la Micronesia, el cráneo de los antepasados es conservado como talismán, adornado con flores, ungido con ungüentos y provisto de manjares" (1). Es innegable, por tanto, que estos relatos no son simple fruto de una imaginación fértil y desatada, sino que son reflejo fiel —abultado por la fantasía, la jactancia, el miedo u otras condiciones subjetivas del narrador— de observaciones realmente obtenidas en audaces odiseas por los mares del Extremo Oriente, y cuya base efectiva es comprobable hoy día en muchos casos, bien que en otros no lo sea, por la extrema desfiguración que en el relato sufren muchas veces los hechos, por el desconocimiento nuestro de esos mismos hechos o, en último lugar, porque los fenómenos o costumbres observadas no se den ya actualmente y no puedan ser comprobadas por los historia-

(1) *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción de Don Hugo Obermaier el 2 de mayo de 1926*, pág. 92.—En la *Relation*, ed. por Reinaud, antes citada, se dice hablando de los habitantes de la isla de Alneyan (t. I, pág. 7): "Quand l'un d'eux veut se marier, il ne trouve de femme qu'autant qu'il a entre les mains le crâne de la tête d'un de leurs ennemis; s'il a tué deux d'entre les ennemis, il peut épouser deux femmes; s'il en a tué cinquante, il peut épouser cinquante femmes, suivant le nombre des crânes." Cfr. Obermaier, *loc. cit.*, pág. 95: "Cuanto mayor es el número de cabezas cogidas, más crece el prestigio del cazador... Entre los Naga, de Sumatra, ninguna joven escucharía a un hombre que no hubiera ganado por lo menos uno de estos trofeos."

dores y observadores modernos. Y si estas narraciones no son sino relaciones de esos viajes, habrá que fecharlos en la época en que tales expediciones se realizaban con más frecuencia, que es la época del florecimiento del comercio marítimo en el Golfo Pérsico y en el Océano Índico, antes del siglo x de nuestra era, en que ya vemos difundidas entre el pueblo musulmán multitud de leyendas maravillosas de ese tipo.

Y vengamos ya, en particular, al texto referente a la *ínsula de las doncellas*. Hélo aquí editado y fielmente traducido (1):

ثم نزلوا *a* جزيرة *b* اخرى *c* لها رايحة كرايحة *d* المسك الاظفر *e* فوقدوا *f* نارا واذا *g* شجرها *h* كلها *i* عود رطب *j* وفيها كل جنس من الطيب فتمشوا *k* يطلب *l* الماء فاذا فيها جوار *m* عرايا ابيض *n* الجسم *o* لا يكسون *p* غير شعورهن *q* فلما راوهم لم يفروا *r* منهم فكلموهم بغطيط *s* كغطيط الطير فخلا كل واحد منهم بواحدة منهن *t* فلم *u* يروا احسن منهن رايحة ولا اطيب منهن لمسا فباتوا معهن الى طلوع الفجر فتكلمن وغطسن فى البحر فلم *v* يقدروا على حبس شىء منهن.

VARIANTES: *a*, B, C y D: ونزلوا. — *b*, D: بجزيرة. — *c*, Falta en C y D.—*d*, D: كريح.—*e*, Falta en A; B: الاذفر.—*f*, B y C: فاوقدوا. — *g*, en D, repetido por errata; B: فاذا. — *h*, C y D: بشجرها . — *i*, A: كله; C: عملت (!).—*j*, C y D: عود الرطب. — *k*, B: فمشوا فيها. — *l*, B y D: يطلبوا; C: يطلبون.—*m*, B y C: جوارى; D: بجوار.—*n*, B, C y D: بيض.—*o*, B, C y D: الجسوم.— —*p*, B y D: يكسوهم; C: يكسيهم.—*q*, B, C y D: شعورهم. —*r*, B, C y D: لم ينفروا.—*s*, A: بغطغيط.—*t*, B, C y D: كل واحد بواحدة.— *u*, B, C y D: ولم.—*v*, B, C y D: ولم.

"Después acamparon en otra isla, de olor como al mejor almizcle, donde encendieron hogueras. Todos los árboles de aquella isla eran áloes (2) y percibíase en ella todo género de deleito-

(1) Tomamos como base la lección de A y damos las variantes de los otros tres cód̄s.

(2) También pueden ser *estoraques*. Cfr. Dozy, *Supplément aux dictionnaires arabes*, s. v. عود.

sos aromas. Caminando en busca de agua, encontraron unas doncellas desnudas, de blancos cuerpos, que no llevaban más vestidos que sus cabelleras, las cuales, al verlos, sin dar muestras de espanto, les hablaron con una especie de canto redoblado como el de la perdiz (1). Luego apartóse cada uno de los soldados con una de las doncellas. Jamás habían visto cosa de olor más fragante que el de aquellas mujeres, ni más placentera al tacto. Y pasaron con ellas la noche hasta que apuntó el alba, en cuyo momento, hablándoles, se sumergieron en el mar, sin que lograsen retener ni a una sola."

No obstante la brevedad de este pequeño pasaje, comparado con la relativa extensión del episodio del poema francés, puede fácilmente observarse que apenas hay en éste rasgos que no tengan en aquél a lo menos una alusión correspondiente. Y como en el sucinto análisis que hicimos de la narración poética quedaron excluídos o fueron sólo de ligero apuntados menudos detalles, útiles ahora para demostrar el parentesco de ambos textos, estableceremos un nuevo paralelo entre ellos que ponga en claro relieve semejanzas y diferencias.

Hablemos lo primero del escenario de la acción: en lo árabe, una ínsula; en el poema, una floresta; mas ambas en Oriente. En ambos textos predominan casi exclusivamente en la pintura las deliciosas sensaciones olfativas que provocan los raros árboles —incienso, casia, áloe— que forman la selva. En el texto árabe la isla tiene un olor "como al mejor almizcle" (لها رائحة كرائحة المسك الاظفر). En el poema se insiste en el mismo tópico. Allí sana el enfermo y melancólico

de la flairor de l'arbre et de la savitée,

y recobra la mujer su virginidad perdida

---

(1) Los mss. dicen بغطيط كغطيط الطير (A: بغطغيط). غطغطة es, según Freytag (*Lexicon*, s. v.), un sonido que reproduce casi exactamente el canto del ave llamada غطاط, especie de la llamada genéricamente القطا. Este ave *cata* es, según la mayoría de los autores, una especie de perdiz. Cfr. Dozy, *Suppl.*, s. v. Sin embargo, Damirí (*Hayat alhayauán*, ed. Cairo, 1292 hég., II, 276-280) la describe con caracteres que no coinciden con las del ave de este nombre conocida en nuestros climas.

de l'odour des espices et de la douceté.

No hay descripción de la flora, sino mera apreciación numérica. En la isla hay "todo género de deleitosos aromas" (كل جنس من الطيب). En la floresta

de toutes bones herbes i ot à grant plenté.
nus hom ne demande herbe qui li viegne en pensé,
de coi il ne trovast tout à sa volenté.

La gran maravilla que la isla ofrece a los nautas es, sin embargo, el hallazgo de las doncellas, cuando buscan el agua. Igual en el poema

è l'vregier lor avint une mervelle biele
que desous cescun arbre avoit une pucele.

Las doncellas de la isla van desnudas; las de la floresta, en cambio, "vestues come dames"; mas, entonces, ¿cómo pudieron ver sus encantos:

le cors orent bien fait, petite lor mamele?

Y, sobre todo, no casan bien los luengos trajes de las damas de corte con la naturaleza selvática y floreal de las doncellas. Hay que pensar, sin duda, en una imposición de la pudibundez medieval.

Blancas son las damas que encuentran los nautas musulmanes. Lo mismo las de la floresta tienen

les ious vairs et rians et la color novele,

y la amada de Alejandro

le car ot bele et blance comme nois sor gielée.

Uno de los rasgos más convincentes es que las doncellas no huyen ante los soldados —como sucedería si el poeta se hubiese inspirado en las ninfas de la mitología clásica—, sino que los acogen amablemente. En la isla, "cuando les vieron no se asustaron de ellos" (فلما راوهم لم يفزوا منهم), lo mismo que en la floresta:

quant voient caus de l'ost, encontre vont juant.

Las del relato árabe no les hablan con lenguaje humano, sino "con una especie de canto redoblado como el de la perdiz" (يغطيط كغطيط الطير). Las del poema tampoco hablan al principio:

jà si poi ne parlascent que mortes taisant,

y sí luego, al fin, cuando Alejandro quiere llevarse a una de ellas que le comunica su triste destino de no poder salir de la floresta. Pero recuérdese que al final del relato árabe se dice "y ellas hablaron" (فتكلمن), dejando el punto en esta indecisa vaguedad.

Del puente que hay que atravesar para entrar en la floresta, de las figuras de oro que blanden sus mazas y del medio mágico que encuentran para sortear estos obstáculos, no hay nada en el relato árabe. Téngase presente, sin embargo, que cuando los viajeros llegan en éste a la isla, que se les ofrece como un delicioso descanso, han pasado también por duros trabajos, si no en puentes, en los palacios de Amlac, y si no ante niños que blanden sus mazas, ante un hombre que hace girar su espada desenvainada para alcanzar al atrevido que intente el paso; peligros que vencen con éxito.

Una vez dentro del bosque, dice el texto árabe que "apartóse cada uno de los soldados con una de las doncellas" (فخلا كل واحد منهم بواحدة منهن). Compárese con el verso:

cescuns a pries le sien sans autre recelée.

La ponderación de aquellas maravillosas mujeres encuentra a veces en ambos textos acentos análogos. Compárese la frase árabe: فلم يروا احسن منهن رايحة, con la francesa

quar de *si beles* fames *ne virent* onques tant.

En el poema francés conviven soldados y doncellas durante cuatro días; en el relato árabe, una noche sola. Mas en ambos textos disuélvese el amigable consorcio al apuntar el alba. Cotéjese la frase فباتوا معهن الى طلوع الفجر con los versos:

toute icele nuit ont mult gran joi menée
tant que biaus fu li jors, clere la matinée.

Los rasgos que siguen en el poema, donde se destaca el idilio de Alejandro con una de las doncellas, a la que quiere llevarse para coronarla, y donde, una vez enterados del destino que impide a las amadas de unos días salir de la selva, parten acompañados por ellas hasta la linde, y son informados por los ancianos de su condición de mujeres-flores, faltan en el relato árabe. Sin embargo, la última frase de éste resume todos los mencionados episodios: "y no lograron retener ni a una sola" (فلم يقدروا على حبس شيء منهن). La inmersión de las doncellas ára-

bes en el mar es lo único que marca una discrepancia en tan completo y fructífero paralelo.

El cotejo entre la aventura de "la forêt aux pucelles" y el relato árabe nos da, por tanto, como resultado, una paridad absoluta entre ambos textos, que abarca los tres aspectos que distinguimos al analizar el episodio del poema francés.

1.° Respecto a la *acción,* el paralelo nos ofrece cuantas semejanzas pudiera apetecer la crítica más exigente.

2.° Tocante a la *explicación* de la naturaleza de las doncellas, es verdad que el texto árabe no nos ofrece ningún dato expreso y taxativo. Mas no se pierdan de vista los siguientes hechos: *a*), el no estar dotadas de habla humana las mujeres, la fragancia y tersura de su piel y el hecho de su inmersión en el mar, nos sugieren que no se trata de seres humanos, sino preternaturales; *b*), de atribuír a estas criaturas sobrehumanas alguna semejanza con criaturas naturales, ha de ser con las flores: su mismo placentero olor y la exquisita tersura que presentan al tacto (لمسا) nos las hacen imaginar dotadas de una piel lisa y fragante, como los pétalos de las flores; *c*), su única habla es "una especie de canto redoblado como el de la perdiz", lo cual se expresa en árabe por varios vocablos, el más correcto غَطْغَطَة (*gatgata*), formados todos por la reduplicación de una raíz onomatopéyica; lo cual nos hace pensar en una relación con el sonido también reduplicado واق واق (*uac uac*) que lanzan las mujeres-flores de Masudí.

3.° En cuanto a la *atribución* de la aventura a Alejandro Magno, es cierto que no se da en el relato árabe; pero es sobremanera significativo el hecho de que toda la odisea de que forma parte el episodio esté intercalada precisamente en el capítulo dedicado a las andanzas del gran macedón.

No parece, pues, aventurado concluír que existe una relación indudable entre la antigua tradición que nos conserva el Xatibí y el episodio de "la forêt aux pucelles" que aparece en algunos textos medievales europeos.

Para proponer el relato árabe como fuente de esos textos, tropezamos, sin embargo, con el obstáculo de no poder pre-

sentar más redacciones, o por lo menos —aun cuando nos conste la indudable antigüedad del relato— una de fecha indiscutiblemente anterior a la de las redacciones cristianas medievales.

Con todo, es de esperar que investigadores más afortunados descubran algún día, en el problema objeto de nuestro estudio, el nexo que este nuevo texto nos hace sospechar bien fundadamente.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ.